

jóven escolar de Saint-Cyr, hijo del valiente general Verdieres, y de Callier, coronel de estado mayor, hombre de fria inteligencia y de un denuedo impasible, á quien conoció en Oriente y habia agregado al ministerio de negocios extranjeros.

Pasó al momento á casa del general Duvivier, estado mayor de la guardia movilizada, y subió solo; pero el general se hallaba ausente. Informados por Lamartine el gefe de estado mayor y el secretario del movimiento que amenazaba, suplieron al general y eligieron los cuatro batallones mas dispuestos é inmediatos al Hotel de Ville, comupicándoles al punto las órdenes para que inmediatamente se situasen en la plaza de Greve.

Cuando Lamartine bajaba la escalera, encontró al general Duvivier, y volvió á subir con él.

Dicho general era de esos hombres á quienes ningun suceso extraordinario sorprende, ningun peligro turba, porque creen religiosamente en la ley de sus deberes, descansando en la fé de Dios mientras operan en la tierra; especie de piadosos fatalistas, cuyo destino es siempre la Providencia. Rectificó con serenidad y sangre fria, algunas de las órdenes dadas durante su ausencia, mandó que le ensillasen el caballo, y ofreció ponerse á la cabeza de sus jóvenes soldados, á quienes amaba como hijos y conducia como héroes. No habia, sin embargo, municiones, y Lamartine voló al estado mayor de la guardia nacional, situado en el patio de las Tullerías, á buscar cartuchos.

XIX.

El general Courtais estaba ausente, y se promovió un pequeño altercado, con motivo del toque de generala, entre Lamartine y el gefe de estado mayor, que no queria creer el movimiento, y se alarmaba del efecto producido en Paris por aquellas medidas, y del conflicto que no podian menos de ocasionar. Lamartine se irritaba con la tardanza; pero la llegada del general Courtais puso término á todas las dudas: el veterano declaró que el ministro del interior le habia dado orden de que hiciese tocar generala, y que la orden tendria exacto cumplimiento. Lamartine, provisto de municiones, se dirigió al Hotel de Ville. Entre tanto se aumentaba la reunion en el Campo de Marte, y empezaba á formarse en columnas para moverse.

Durante estas dilaciones forzosas, el general Changarnier, á quien Lamartine habia nombrado embajador en Berlin, fué á preguntar por el ministro al departamento de negocios extranjeros, para hablarle de algunos pormenores relativos á sus instrucciones. Mad. de Lamartine recibió al general, le enteró de lo que acontecia, y le dijo que la presencia y cooperacion de un oficial valiente y afamado, seria probablemente de gran utilidad en aquellos momentos á su esposo en el Hotel de Ville, y de un efecto moral muy poderoso para los jóvenes soldados. El general, ansioso de desafiar el peligro y de dar nuevas pruebas de su ardor, acababa de llegar al Hotel de Ville, cuando Lamartine entraba en él, acompañado del coronel Callier y de su gefe

de la secretaria, Payer, hombre resuelto y valeroso, que despues fué representante del pueblo.

Mr. Marrast esperaba fuerte é impasible la anunciada insurreccion. Instruyóle Lamartine de los pormenores que acababan de leerse, de la órden de convocar á la guardia nacional dada por el ministro del interior, y de la próxima llegada de los cuatro batallones. El general Changarnier, Marrast y Lamartine se concertaron respecto á la mejor disposicion que podia darse á aquella débil fuerza, conviniendo en que, en vez de dejar estos batallones, fuertes de cuatrocientas bayonetas cada uno, en la plaza, donde se verian ahogados por miles de combatientes, se les haria entrar en los patios y jardines interiores del edificio, que estaban resguardados por verjas. Haciéndose cargo el general de la direccion superior de las fuerzas allí encerradas, se portó admirablemente por su presencia de espíritu, decision, actividad y confianza.—“Si me respondeis, le dijo Lamartine, de que resistiremos tres horas, yo os aseguro la ayuda de los buenos ciudadanos y el éxito de la jornada.

—“Os respondo de que me sostendré siete horas,” le contestó el general Changarnier.

Marrast poseia el valor tranquilo y paciente de los hombres que han leído mucho y practicado la historia de las revoluciones. Sus amigos, Buchez, Flottard, Recurt y el coronel Rey, habian situado en el edificio ó sus inmediaciones un batallon de voluntarios de la revolucion, llamado *los lyoneses*, y cierto número de voluntarios de los barrios próximos. Lamartine los hacia entrar sucesivamente, les arengaba y les

inspiraba todo el fuego de la pasion que sentia por la integridad de la república. El general Changarnier, los colocaba despues en los puestos que debian ocupar. Lamartine le habia insinuado la conveniencia de procurar la posibilidad de una salida por la parte trancera del palacio, á fin de coger á la insurreccion por su retaguardia cuando la atacase la guardia nacional por el puente de San Miguel.

Los batallones de la guardia movilizada llegaron uno tras otro, y saludaron con sus aclamaciones á Lamartine, que los habia formado. Aquellos jóvenes le amaban como una aparicion comprendida por ellos en los primeros dias de aquella revolucion tan rápida, y como su organizador y sosten mas tarde en el gobierno.

XX.

Al mismo tiempo los repetidos avisos enviados por Lamartine á las escuelas, á los distritos, á los trabajadores de las carreras de Belleville y al Panteon, iban apresurando la llegada de los buenos ciudadanos. Otras noticias procedentes del Campo de Marte aseguraban que el ejército de la insurreccion desfilaba ya en columna por el muelle Chaillot. Ya no se oia por ninguna parte el toque de generala, é inquieto Lamartine por la vacilacion de que habia sido testigo en el estado mayor, comunicó sus temores al general Changarnier y á Mr. Marrast, conviniendo los tres en que se comunicasen nuevas órdenes por medio del corregidor de Paris. Dichas órdenes, escritas por Mr. Marrast, se despacharon al punto y se pu-

sieron en ejecucion por todas partes. Se ha dicho que se dieron contraórdenes, después que Lamartine se separó de las Tullerías, y que de aquí provenian la lentitud con que se habia tocado generala en diversos barrios y la necesidad de las nuevas órdenes espedidas por Mr. Marrast desde el Hotel de Ville. Sea de esto lo que fuere, el hecho era que de todas partes corrian los ciudadanos á las armas.

Seguro Lamartine desde entonces de que el ministro del interior habia dado la orden y comprometido su responsabilidad en la causa de la unidad é integridad del gobierno, adoptó políticamente como palabra de orden de la jornada y de todas sus arengas á las tropas, á las diputaciones y al pueblo armado que acudia á la plaza, la unidad del gobierno, porque le parecia que desvirtuado éste en once dias de elecciones, quedaria desgarrada la unidad de la eleccion, y por consiguiente la unidad de la república. Ahogó, pues, sus resentimientos y sus sospechas en su corazon, para hacer escuchar el grito de la concordia real ó aparente entre todos los partidos de la opinion republicana, y habiendo entrado en el Hotel de Ville el valiente Chateau-Renaud á la cabeza de una columna de voluntarios armados, que llamaban á gritos á Lamartine para que les pasase revista en el patio, bajó con Payer y les habló así:

—“Ciudadanos: se habia anunciado para hoy al gobierno provisional un dia de peligro para la república, pero de antemano sabiamos que este dia de peligro lo seria de gloria y de triunfo para la patria y para la causa del orden. Sé por una esperiencia reciente, y puedo reconocerlo

en los semblantes de muchos de vosotros y en la energía á la vez intrépida y moderada que forma el carácter de los ciudadanos armados de la capital, que podemos contar con ellos. La Francia, reasumida momentáneamente en el gobierno, no necesita otra guardia ni otro ejército que el voluntario y espontáneo que por sí mismo se forma, no al primer toque de las cajas, pues vosotros estábais ya armados antes de oír la generala, sino al primer rumor del peligro que amenaza á la patria y al orden público.

“Ciudadanos: la integridad del gobierno provisional debe ser hoy la enseña de la poblacion armada y desarmada de Paris, porque precisamente contra esta integridad, contra la indivisibilidad del gobierno, á quien venís á defender, convirtiendo en murallas nuestros pechos, se ha provocado el movimiento.

“Se esperaba, por medio de esas divisiones suscitadas entre nosotros, dividir la patria, al mismo tiempo que el gobierno; pero no existe division posible entre sus miembros, pues si bien pueden hallarse algunas diferencias de opiniones en negocios administrativos, como naturalmente sucede siempre en el seno de corporaciones numerosas, subsiste la unidad en el amor comun á la república, en la misma adhesion que les anima hácia Paris y la Francia.

“Esta union es el símbolo de la de todos los ciudadanos.

“Ahora debo daros las gracias, no en mi nombre, sino en el de todos mis colegas; no tampoco en nombre del gobierno provisional, sino en el de la Francia entera, para la cual hubiera sido este un dia de calamidad y de guerra civil si el

gobierno se hallase dividido; pero por efecto de vuestra energía y decision lo será del triunfo definitivo y pacífico de las nuevas instituciones, que queremos entregar inviolables y puras á la nueva asamblea nacional, que representará la unidad suprema de la patria. ¡Viva la república!

“Una palabra más, ciudadanos.

“En la época de la primera república se pronunció una palabra fatal que lo perdió todo, y que hizo que los mejores ciudadanos se desgarrasen entre sí, olvidándose del patriotismo que los habia unido. Esa palabra fué la desconfianza, la cual se explicaba entonces por la situación de la patria, amenazada por una coalición exterior y por los enemigos interiores que tenia.

Pero hoy, que con la proclamación de nuestros principios de democracia fraternal y de respeto á las nacionalidades se ha ensanchado en toda la Europa el horizonte de la Francia y nos hemos conquistado la amistad de los pueblos, en vez de anegarnos con ellos en sangre; hoy que la república es aceptada en todas partes, sin oposición en el interior, al paso que á todos ofrece propiedad, seguridad y libertad, solo una palabra corresponde á tan halagüeña situación, y esta palabra es *confianza*. Escribidla en vuestras banderas y en vuestros corazones, para que sea la palabra de orden entre todos los ciudadanos y en todos los ángulos del imperio: en ella consiste la salvación de la república.

“El gobierno provisional os da el ejemplo en la confianza merecida que cada uno de sus miembros inspira á sus colegas; os presenta una prueba irrecusable, negándose decididamente á desunirse, á separarse de ninguno de sus miembros,

que constituyen su verdadera fuerza por su misma unidad. La indivisibilidad del gobierno provisional debe ser también la conquista cívica de esta jornada. Tranquiles París y los departamentos por la fuerza del gobierno y por vuestra firme adhesión, se unirán como vosotros y como nosotros para la salvación de la república, y devolverán intacto á la asamblea nacional el depósito de la patria que el pueblo del 21 de Febrero puso en vuestras manos.

“Esta confianza que os recomiendo, ciudadanos, es el grito y el sentimiento que hemos escuchado en todos los días de combate aquí mismo, en esas escaleras, en esos patios, en la boca de los heridos, durante la lucha del pueblo y del trono. Si; yo la he oído repetir por los que espiraban defendiendo la república, y que parecía nos legaban en esa recomendación suprema la palabra salvadora de la nueva república y de la patria.”

XXI.

Estas palabras hicieron estallar un grito unánime de adhesión y de entusiasmo en todas las escaleras, en todos los patios y galerías del Hotel de Ville. La victoria estaba en este grito, y Lamartine lo oyó salir por espacio de dos horas de todos los grupos de ciudadanos armados, de obreros, de guardias movilizados y de alumnos de las escuelas, á quienes arengó sucesivamente treinta ó cuarenta veces en aquel momento supremo. Siempre afectó comprender el gobierno provisional por completo en sus alocuciones, para destruir de este modo y de antemano

todos los gérmenes de division que podian nacer en aquella jornada: tambien obró así para quitar todo pretexto á la guerra civil y á las recriminaciones que pudieran suscitarla. El entusiasmo que inspiraba era tan ardiente y unánime aquel dia en los batallones, en los pueblos y en los grupos de voluntarios que acudian al palacio y á la plaza, que si hubiese denunciado un complot y pedido venganza, depuracion ó dictadura, le hubieran seguido do quiera que dirigiese sus pasos. Pero declarando las divisiones existentes y entregando sus colegas á las sospechas del pueblo, no desconocia que hubiera hecho traicion á la república y desgarrado á su patria.

A pesar de todo, observaba la plaza desde una ventana del Hotel de Ville, sin saber todavía si llegarían primero á ella los batallones de la guardia nacional ó los insurrectos del Campo de Marte, ni cuál de las dos masas seria mayor.

Una columna de cerca de veinticinco á treinta mil hombres, dirigida por los clubistas mas rabiosos y por algunos gefes socialistas, acababa de desembocar por el puente real, tropezando con una fuerza bastante numerosa de guardias nacionales, que el general Courtais habia colocado en batalla en las inmediaciones del Louvre. No se habian atacado; pero aquel encuentro habia sido tumultuoso, y hubo miradas, gestos y gritos hostiles. La guardia nacional dejó pasar á los insurrectos, contentándose con cortarlos y seguirlos en su procesion hasta el Hotel de Ville. Eran aquellos dos ejércitos que marchaban sobre la misma línea,

en silencio, y observándose recíprocamente. Los primeros grupos de la columna del Campo de Marte, precedidos de banderas y de algunos hombres con gorros colorados, empezaban á desembocar desde el muelle en la plaza de Greve.

Al mismo tiempo se vió brillar un bosque de bayonetas al otro lado del Sena, en el estremo del puente de San Miguel. Eran treinta ó cuarenta mil guardias nacionales de la orilla izquierda del río, que acudian con precipitado paso al llamamiento de Lamartine y de Marrast. La anchura del puente no bastaba para su formacion, y se precipitaron en columna cerrada en la plaza, gritando: *viva la república! viva el gobierno!* En seguida cerraron el paso del muelle á los veinte ó treinta mil insurrectos, que permanecieron inmóviles, indecisos y consternados en el ángulo de la plaza de Greve, sin poder avanzar ni retroceder, ni recibir por consiguiente los refuerzos del Campo de Marte, interceptados por las legiones que estaban sobre las armas desde los Campos-Eliseos hasta la estremidad del muelle Lepelletier. Las legiones de la orilla izquierda se formaron en batalla en la plaza; las de los distritos de Belleville, de Bercy, del arrabal del Temple, del de San Antonio y de todas las calles de la orilla derecha, llegaron al mismo tiempo por todos los muelles y por todas las embocaduras de las grandes arterias de Paris al paso de carga y lanzando gritos de entusiasmo. Aquellas legiones llenaron de bayonetas todas las calles y plazas desde el Arsenal hasta el Louvre. En tres horas aparecia Paris armado y en actitud imponente, y no

solo era imposible ya la victoria de los conspiradores, sino que el combate hubiera sido una locura.

Lamartine dió las gracias al general Changarnier, cuyos servicios eran innecesarios por el pronto, y le rogó fuese á informar á su esposa del triunfo de los buenos ciudadanos y de la resurreccion de la fuerza pública, hasta entonces en problema, y hecho indudable para lo sucesivo.

El general Duvivier estaba á caballo en la plaza, en medio de los batallones de la guardia movilizada que habia dirigido, y dos horas trascurrieron de este modo, en imponente silencio, como si hubiera bastado á la guardia nacional enseñar sus doscientas mil bayonetas para aniquilar todo pensamiento de conspiracion y de anarquía.

Lamartine, único miembro del gobierno provisional presente con Marrast hasta las cuatro, recibió las diputaciones de todos los cuerpos, y les arengó, ya desde las ventanas, ya en las escaleras ó en los patios. Los veinte mil insurrectos del Campo de Marte, comprometidos en las esquinas de los muelles, desfilaron tristemente en medio de las rechiflas del pueblo, entre las filas de la guardia nacional, y fueron á perderse en sus clubs, desconcertados.

Descientas mil bayonetas desfilaron en seguida por delante del Hotel de Ville, á los gritos de *viva Lamartine! ¡abajo los comunistas!*

Una diputacion de los obreros del Campo de Marte, se introdujo, despues del desfile, en el interior, bajo pretesto de rendir á los acontecimientos su homenaje patriótico; pero Mr. Bu-

chez y sus colegas le dirigieron severas palabras. Lamartine no le habló, pues en aquel momento se hallaba en la sala del consejo escribiendo algunas órdenes para que la guardia nacional de los distritos asegurase la tranquilidad, durante la noche. Entonces vió entrar á sus dos colegas, Luis Blanc y Albert, y prosiguió escribiendo sin saludarles. Les oyó murmurar contra la omnipotencia de los que, sin deliberacion concertada y solo por su propia autoridad, habian mandado tocar generala, rechazando una manifestacion del pueblo, y reunido la guardia nacional, á mas de haber hablado con dureza á una diputacion. Irritado Lamartine, pues no podia desconocer contra quien se dirigian aquellas murmuraciones, arrojó la pluma, se levantó, y acercándose á sus dos colegas, les contestó por primera vez con energía y con reprimida cólera. Los dos miembros de la minoría se retiraron y fueron á quejarse á Buzé y Recurt, que estaban en otra sala. Lamartine, despues de haber atendido con sus órdenes á las legiones á la seguridad de la noche, salió por una puerta secreta del Hotel de Ville, á fin de sustraerse á una ovacion de la guardia nacional y del pueblo: cubrióse el rostro con la capa, y se internó en las callejuelas tortuosas y desiertas que serpentean por detras del palacio: encontró un coche de alquiler, y se metió en él sin darse á conocer, mandando al cochero que le llevase á la calle de la Chaussée-d'Antin, en donde su esposa esperaba saber el resultado de la jornada.

En su camino fué detenido cinco veces el carruaje, al desembocar por las calles de San Antonio, la del Temple, la de San Dionisio, la

de San Martín y la de Montmartre, por columnas de diez y de veinte mil hombres de la guardia nacional, unos con uniforme, otros en traje de obreros, todos armados y conmoviendo con su paso militar el empedrado de las calles. Dichas columnas interrumpían á menudo su magistoso silencio con los gritos unánimes de *viva la república! viva Lamartine! abajo los comunistas!* Aquellos cuerpos de ejército improvisados, tranquilizaban los ánimos de los ciudadanos, de las mugeres y de los niños, que se agolpaban á las puertas y á las ventanas. Muy lejos estaban de imaginar que el hombre, cuyo nombre proclamaban, confundiéndo en un grito nacional, estaba escuchando sus gritos entusiastas en el fondo del carruaje, cuyo paso interceptaban.

Lamartine no pudo reunirse con su esposa hasta el anoche; pero aquel fué el mas bello día de su vida política, porque las facciones quedaban mas que vencidas, pues se hallaban desconcertadas, y el pueblo había pronunciado su decisión, que era el presagio de la que iba á repetir el país entero en las elecciones. París se había puesto sobre las armas, sin distincion de clases ni de fortuna, y aquellas armas se habían reunido, formando un solo cuerpo para proteger la república, el gobierno moderado, el orden, la propiedad y la civilización.

El mundo social respiraba.

XXII.

Los miembros de la mayoría del gobierno habían pasado aquel gran día en el ministerio de hacienda, á fin de estar prontos para todas las

eventualidades y poder evitar el ser separados por un golpe imprevisto. A las diez de la noche fueron á comer juntos á casa de Mr. Cremieux, ministro de la justicia, en donde se abrazaron como náufragos que logran llegar al puerto.

Durante la comida, varias comisiones de las legiones de la guardia nacional, á las cuales no había bastado el día para desfilar por el Hotel de Ville, se presentaron á pedir que se les permitiese cumplir aquel deseo al resplandor de las hachas de viento que iluminaban la plaza de Greve; consintieron los individuos del gobierno, y fueron á presenciar el desfile; pero Lamartine no pudo verificarlo, porque estaba débil de cansancio.

Las legiones, algunas de las cuales, no contaban menos de veinticuero y treinta mil combatientes, recorrieron parte de la noche las calles de París á los gritos de *viva Lamartine! abajo los comunistas!* sin que ningun desorden entrasteciese el despertar del verdadero pueblo. La seguridad volvía á entrar con aquellos gritos en el hogar y en el espíritu de los ciudadanos, quedando consternados, desiertos y mudos los clubs comunistas y de mágicos. Algunos grupos de muchachos, eco siempre depravado de las voces populares, fueron á gritar *viva Lamartine! abajo Cabet!* al pié de las ventanas de este gefe de secta. Infamado al punto Lamartine, mandó dispar aquella miserable turba, y escribió á Cabet ofreciéndole asilo para él y su familia.

Tal fué la jornada del 16 de Abril, el primer gran golpe de estado del pueblo contra los cons.

piradores, los demagogos, los dictadores y los bárbaros de la civilización. París respiró, y la Francia adquirió la conciencia de su salvación.

Pero el 16 de Abril no fué mas que un síntoma accidental. La mayoría del gobierno quería saber si aquel síntoma se renovaría ordenadamente á su voz, y si la fusión espontánea de todos los elementos de la guardia nacional presentaría un punto sólido y fijo de opinion y de fuerza á la república. Los buenos ciudadanos tenían necesidad de tranquilizarse, las facciones de contenerse y la Europa de presenciarse un gran acto de la vida de la nueva república. La opinion pública pedía una revista general de todas las fuerzas voluntarias que habian salvado la patria y la sociedad, y el pueblo de Paris empezaba á desear la vuelta de las tropas á su seno: además, la inmensa mayoría del gobierno sufría las consecuencias del alejamiento del ejército, á quien se deseaba volver á inscribir en el cuadro nacional, de donde la fatalidad y la prudencia le habian separado momentáneamente. Queríase, pues, que fuese llamado por el entusiasmo, mas no impuesto á Paris por el temor, tratándose de buscar una ocasion de acostumar la vista del pueblo á la presencia, al brillo y al amor de la tropa. Unánime el gobierno en este pensamiento aquel dia, indicó una revista general de todos los guardias nacionales de Paris, de los alrededores y de las poblaciones inmediatas, así como de la guardia movilizada y de los regimientos de artillería, de infantería y de caballería del radio de Paris.

Esta revista se verificó el 21 de Abril, bajo el nombre de revista de la fraternidad.

XXIII.

Los miembros del gobierno provisional y los ministros se colocaron al amanecer en las primeras gradas de un estrado dispuesto en el arco de triunfo de la Estrella. Un sol de primavera iluminaba la inmensa avenida que se estiende desde aquel arco de Napoleon hasta el palacio de las Tullerías, reflejándose en los cañones, en los cascos, en las corazas y en las bayonetas de la guardia nacional y de las tropas escalonadas por baterías, escuadrones y batallones en toda la calzada de los Campos-Elíceos y en la plaza de la Concordia. Allí formaban las dos columnas del pueblo armado, siguiendo sin interrupcion una de ellas por los muelles hasta Bercy, y la otra por los bulevares hasta la Bastilla. Era aquello una capital entera con sus pueblos circunvecinos, reunida en un vasto campo: un murmullo inmenso y placentero entre el choque de las armas y los relinchos de los caballos se elevaba de aquella multitud: en todas las fisonomías se notaba el entusiasmo y la dicha de un órden social reconquistado; el pueblo se habia convertido en ejército, y el ejército en pueblo. Ninguna señal de impaciencia ó de cansancio se manifestaba en aquella reunion, sin ejemplo desde las grandes emigraciones de los pueblos.

A la voz del gobierno, y siendo las ocho de la mañana, se pusieron las masas en movimiento, desfilando al eco de las cajas y de las bandas militares por delante del estrado en que los miembros del gobierno, en pié, saludaban á las legio-

nes y regimientos, entregándoles las nuevas banderas de la república. Aquellas legiones, muchas de las cuales constaban de treinta mil plazas, llevaban en pos de sí, como las ca avanas en sus marchas, una multitud inmensa de pueblo desarmado, compuesto de ancianos, mugeres y niños, complemento de la familia humana, que seguía las huellas de los padres y de los hijos armados.

Se habia despojado á los árboles y jardines de las cercanías de París de sus ramas y hilas para adornar con ellas los fusiles y bayonetas: las bayonetas aparecían cubiertas de flores, y los dones de la naturaleza ocultaban las armas. Un rio inmenso de hierro y de rosas serpentaba en las bocas de los fusiles por todo el horizonte de los Campos-Eliseos. Al acercarse al estado, delante de cuyas gradas se dividía en dos ramales aquel rio caudaloso de hombres, para correr con mayor rapidez, las mugeres, los niños y los soldados arrancaban los verdes adornos de las armas, arrojándolos como una lluvia de flores á la cabeza de los miembros del gobierno. Un grito simultáneo y atronador de *¡Viva la república!* *¡Viva el gobierno provisional!* *¡Viva el ejército!* resonaba sin interrupcion en los batallones y en el pueblo: los gritos de *¡viva Lamartine!* dominaban siempre á los demas, y se confundían con las imprecaciones contra los comunistas. La popularidad de aquel nombre, en vez de gastarse entre el pueblo despues de tantas angustias y miserias, parecia haberse fortificado y universalizado en el sentimiento público. El pueblo de la campiña y de los departamentos señalaba á Lamartine saludándole con las mas

fanáticas aclamaciones. El 16 de Abril lo habia presenta lo á sus ojos como una especie de personificación de la sociedad defetida y rescatada.

Detras de aquellos batallones reunidos marchaban legiones de pobres ancianos y de mugeres que conducian á sus hijos en los brazos: en rústicas carretas iban los enfermos é indigentes de los pueblos. Del seno de aquellos grupos, llenos de harapos, salían los gritos mas apasionados de guerra al desórden, de odio á los comunistas, y de felicitaciones á Lamartine y á la república. El sentimiento de la sociedad es tan divino é instintivo en el hombre, que le obliga á interesarse en el restablecimiento del órden, de la propiedad y de la familia, participando de estos deseos aun los mas desinteresados en su causa y los que menos deben esperar sus beneficios. Lágrimas abundantes corrian de los ojos del pueblo y humedecían los rostros de los espectadores, y los gritos se redoblaban al presentarse aquellos regimientos de linea que inclinaban sus sables ante el gobierno y que parecían como que reconquistaban su lugar en la familia reconciliada.

El dia desapareció antes que el pueblo armado, aunque marchando al paso de ataque con un frente de treinta ó cuarenta hombres, hubiese podido pasar por delante del arco de Triunfo: el desfile continuó con hachas de viento hasta las once de la noche, pues catorce horas no habian sido suficientes para que se agotase aquel rio de hombres, de hierro, de flores y de antorchas que iluminaban las avenidas de los Campos-Eliseos. Dos legiones, que constaban de

cincuenta mil bayonetas, tuvieron que suspender su revista hasta otro día: los militares mas experimentados calcularon que habian desfilado en presencia del gobierno trescientos cincuenta mil hombres. Paris se entrego al descanso con el sentimiento de la resurreccion de la patria y de la sociedad.

XXIV.

Al dia siguiente dos legiones del centro de Paris, que no habian pasado revista en el anterior, por falta de tiempo, murmuraron y pidieron manifestar su adhesion al gobierno provisional, desfilando á su vista en la plaza de Vendome.

Los miembros del gobierno, reunidos en el ministerio de la justicia, aparecieron en el balcon, y fueron saludados por una aclamacion unánime de *viva el gobierno!* en la que sobresalia sobre todos el grito de *viva Lamartine!* Los colegas de éste lo señalaban con la mano á las legiones.

Bajó en seguida y penetró con sus compañeros en las filas de aquel ejército que llenaba la plaza: aunque afectaba marchar confundido entre los últimos individuos del gobierno y de los ministros, su presencia le conquistó un verdadero triunfo, y su nombre fué el casi único grito de aquel centro de Paris armado; á saber: las legiones octava y novena. Una conmocion eléctrica agitaba las filas cuando se acercaba, y el entusiasmo le perseguia despues que habia pasado: manos febriles de amor tocaban sus manos y sus vestidos, y en sus oidos resonaron sor-

damente algunas voces que le aconsejaban la dictadura, tentándole con un verdadero reinado popular.

Habiendo vuelto al ministerio de la justicia y asomándose al balcon para ver desfilar al pueblo armado, los mismos gritos se elevaron sin interrupcion hasta él, y se retiró confundido por un fanatismo que solo debia al capricho de la multitud, y humillado por una predileccion que, tanto como á él, se debia á sus colegas. Pero el instinto popular no elige; se precipita, y á veces se extravía. Lamartine empezó desde aquel dia á sentir el esceso de aquel favor público, que estaba resuelto á no permitir se reasumiese en un hombre, pues queria pretenderlo por entero para la representacion del pais y para la república. Conocia que, pasados algunos dias, le seria mas difícil abdicar aquel poder mudable, que usurparlo.